

# LIBROS

**Juan Soto Ivars**  
ESTO NO EXISTE

**Hugo Gonçalves**  
REVOLUCIÓN

**Robert Darnton**  
EL TEMPERAMENTO REVOLUCIONARIO.  
CÓMO SE FORJÓ LA  
REVOLUCIÓN FRANCESA.  
PARÍS, 1748-1789

**Ivo Andrić**  
EL PATIO MALDITO

**Luis Mateo Díez**  
EL VIGÍA DE LAS ESQUINAS

**Olga Medvedkova**  
LA EDUCACIÓN SOVIÉTICA

## ENSAYO

### Un libro incómodo e importante

por **Daniel Gascón**



**Juan Soto Ivars**  
**ESTO NO EXISTE**  
Barcelona, Debate, 2025,  
448 pp.

El nuevo libro de Juan Soto Ivars, *Esto no existe*, ha sido recibido con un gran éxito de ventas, y también con algunas protestas que pretenden impedir que se presente. Muchas de las personas que lo critican no se han tomado la molestia de leerlo: les irrita que se publique un libro sobre ese tema y atribuyen al autor posiciones que no sostiene. Casi da vergüenza tener que decirlo, pero en ningún momento Soto niega o minimiza la violencia machista, que en 2025 (hasta el 17 de noviembre y según cifras oficiales) se ha cobrado la vida de 38 mujeres en nuestro país. Señala algunos fallos

de la ley de violencia de género y sus consecuencias. No es el primero en mencionar los problemas que genera la asimetría penal entre hombres y mujeres en España, una discriminación que no existe en ningún otro país. Lo hicieron en su momento Amando de Miguel, María Sanahuja, Manuela Carmena, Empar Pineda; han escrito sobre el tema Tsevan Rabtan y Miguel Pasquau Liaño. Quico Alsedo publicó un libro dedicado a víctimas de denuncias falsas, *Algunos hombres buenos*.

Soto denuncia una mentira oficial: que las denuncias falsas por violencia de género solo representan un 0,0001% del total. Eso corresponde a las condenas por denuncia falsa, que exigen que el fiscal retire la acusación *motu proprio*, pida al juez que deduzca testimonio y persiga de oficio a la denunciante, algo que ocurre pocas veces. Si el denunciado emprende acciones legales o si la condena llega en un año distinto al procedimiento no computa. Las denuncias instrumentales se producen en todo tipo de delitos: sostener que, en casos donde te juegas la casa y los hijos, donde la ley te otorga una ventaja sobre el otro, estas no se producen o solo en

cantidad ínfima era una idea absurda y es un hecho empíricamente falso. Todos los que conocen el asunto señalan que la cifra no es cierta, y la mera observación (o las detenciones a miembros de tramas corruptas que hacen denuncias falsas para recibir ayudas) lo evidencia.

Una situación frecuente en el libro es que un hombre se esté divorciando o reclame la custodia compartida y sea objeto de una denuncia falsa. Eso implica dejar de ver a los hijos o verlos con muchas restricciones, sufrir el estigma social de ser un maltratador y entrar en un proceso judicial donde la otra parte es asistida por el Estado mientras él debe pagar su asesoría legal. Con cierta frecuencia, las denuncias se producen en un viernes para que el tipo pase más tiempo en el calabozo. (Lo más probable es que sea absuelto, pero tras una experiencia devastadora para muchos.)

No sabemos cuántas denuncias falsas e instrumentales hay: el 77% de las denuncias no terminan en condena, pero obviamente eso, como señala Soto, no significa que sean falsas. No es fácil conocer los datos con precisión, porque hay un oscurantismo metodológico deliberado (del que es

culpable también buena parte de la prensa).

Soto ha hecho un gran trabajo de documentación y lo comunica con una prosa ágil y lúcida. Recoge numerosos testimonios, entrevistas, artículos y libros. Hay partes más narrativas y otras más teóricas. Analiza el relato y las políticas de género y describe una evolución: si la ley ya es mala, a menudo la jurisprudencia posterior ha logrado empeorarla. El asunto tiene muchas ramificaciones políticas y periodísticas, y un contexto nacional que incluye el ascenso y caída de la nueva izquierda y otro internacional que tiene que ver con el Me Too; son elementos que Soto también analiza.

A menudo, sobre todo es un libro tristísimo. Trata de rupturas y desavenencias posteriores que acaban en tragedias: las de inocentes acusados injustamente, las de menores separados de sus progenitores o sometidos a una tensión insoportable, las de familias más extensas privadas del contacto. No es raro, cuenta Soto, que alguien reconozca un maltrato pensando que va a ser más fácil ver así a sus hijos. A veces los abogados recomiendan a un padre que se aleje de la pelea legal y que renuncie a ver a sus hijos unos años: más adelante, dicen, entenderán lo que pasó.

Por supuesto, eso no supone negar que haya muchas mujeres que son víctimas de la violencia, con historias desgarradoras y una situación de desamparo, y que sean más numerosas. Pero tampoco se entiende, como hemos leído u oído estos días, que su existencia implique que no haya otras víctimas o que no se pueda hablar de ellas. (Decir que son pocas es problemático: primero, por la deliberada confusión de los datos y, sobre todo, porque da a entender que algunas minorías importan y otras no.)

Soto cuenta casos incomprensibles como la negativa en el Ayuntamiento de Madrid, por todos los partidos, de apoyar una propuesta de Vox para que un teléfono atendiera también a niños

y no solo a niñas víctimas de la violencia sexual. Señala decisiones contrarias al sentido común y a la experiencia de casi todos, fenómenos como el ascenso del concepto pseudocientífico de violencia vicaria o absurdos como que el Estado contabilice los asesinatos de niños cuando los mata un hombre, pero no cuando los mata una mujer.

Describe una combinación siniestra entre buenas intenciones, activismo dogmático que se apropia de algunas causas y puro extractivismo de gente que vive del negocio. Como suele ocurrir, primero parece que el fin justifica los medios; luego más de uno empieza a aficionarse a los medios o a vivir de ellos, y puede que olvide cuál era el fin. Se extiende una especie de tabú religioso, puramente alfombrado de falacias. Si criticas aspectos de la ley o su interpretación (digamos, por ejemplo, que se considere automáticamente víctima a cualquier mujer que denuncie, que en una pelea de pareja se considere inmediatamente que él actúa de una manera ideológica o la desatención de las víctimas en parejas homosexuales), es que no te importan las agresiones de los hombres a las mujeres. No habría que escribir de eso, dicen, sino de que no denuncien suficientes mujeres: muchas de las asesinadas no habían denunciado y eso es lo que debería preocuparnos. Es una falsa disyuntiva y prueba lo contrario de lo que pretende demostrar: muchas de las víctimas no habían denunciado, los homicidios por violencia de género no han descendido a un ritmo mayor que el resto de los homicidios desde que entró en vigor VioGén y eso demuestra que el sistema es muy bueno, al parecer.

Otra de las críticas falaces es que hablar de este tema da “alas a la ultraderecha”. Lo que en todo caso ha creado un espacio para la ultraderecha es la inhibición de los medios y partidos que durante mucho tiempo se han negado a tratar o reconocer un problema, una cerrazón que además ha facilitado la circulación de versiones

conspiranoicas o fantasiosas (como que todas las denuncias que no acaban en condena son falsas). Otra es la que presenta esto como una guerra entre hombres y mujeres, una especie de competición nacionalista particularmente absurda y desconectada de la realidad.

*Esto no existe* hace lo que debería hacer un libro de su clase: es difícil, y muy pocos lo consiguen. Analiza un fenómeno social con rigor y libertad, detecta aspectos que fallan a nivel legislativo y comunicativo, describe una desconexión entre el discurso prestigioso y la realidad, y trata de influir en el debate señalando las imperfecciones de una ley que, mientras trata de corregir la injusticia, acaba provocando otras. ~

**DANIEL GASCÓN** es escritor y editor de *Letras Libres*. Su libro más reciente es *El padre de tus hijos* (Random House, 2023).

## NOVELA

# Lejos del mito

por **Ángel Rivero**



**Hugo Gonçalves**  
**REVOLUCIÓN**  
Traducción de Rita da Costa  
Barcelona, Libros del  
Asteroide, 2025, 525 pp.

*Revolución*, la novela de Hugo Gonçalves publicada en Portugal en 2023, cuenta la historia de una familia a través de tres hermanos que se quieren, pero que son muy distintos por carácter y por su orientación política antagónica (sobre todo en el caso de las hermanas). La obra ha sido calificada de tragicomedia y la denominación tiene sentido porque hay situaciones que mueven a la risa, ridículas, y hay también un final trágico al que todos parecen abocados desde el principio. De alguna manera, al ser la historia de una familia y su descomposición en un tiempo incierto, Gonçalves se vincula

a la tradición de la gran novela portuguesa decimonónica y uno no puede por menos de pensar en *Os Maias* del gran José Maria Eça de Queirós. Como ocurre cuando somos testigos de historias familiares, la novela atrapa y nos lleva hasta su final sin soltarnos, aunque en algún momento tengamos la sensación de estar siguiendo un serial televisivo.

La obra tiene una estructura muy clara, pero que uno ha de seguir sobre la marcha porque no se nos proporciona un índice. Las tres primeras partes retratan a cada uno de los protagonistas. La titulada “Yo soy Espartaco”, a María Luisa Storm, la hermana mayor, una fanática de extrema izquierda; la segunda, “Obras inacabadas de un joven enamorado”, a Frederico, un joven débil y dubitativo incapaz de encontrar su lugar en el mundo cuando pierde la conexión con sus padres. Entonces, la vida que conocía se sumerge en la incertidumbre y se ve arrastrado por circunstancias que no es capaz de enfrentar. Por último, la tercera parte, titulada “En el centro está la virtud”, nos presenta a Pureza —el nombre no es casual—, la hermana entre los dos anteriores, que algunos verán como una salazarista por su reacción contra su hermana mayor o por la pasiones políticas de su marido, activista de la reacción. Sin embargo, a mí me parece que encarna en realidad a un pueblo portugués moderado, mayoritario, que sufrió los excesos de quienes buscaban llevarlo a donde no quería, a la fuerza, imponiendo en el nombre del pueblo una violencia que acabó por despertar la violencia contraria, la violencia de la contrarrevolución. Ya nos decía Unamuno, al hablar de Portugal, que hemos de cuidarnos de la ira de los mansos. Estas tres partes ocupan la mitad del libro.

A continuación, viene la sección “Proceso Revolucionario en Curso”, 156 páginas dedicadas al contexto que produce el drama familiar. El acrónimo PREC, que remite al nombre del

capítulo, es como se denominó al momento revolucionario portugués que va desde el 11 de marzo de 1975 al 25 de noviembre de 1975, nueve meses de historia portuguesa jalonados por dos golpes de Estado de militares de distinto signo. Por cierto, si a nosotros nos parece mucho el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, los portugueses perdieron la cuenta de los intentos de golpe en el bienio 1974-1975. Esta parte nos sumerge en el tema que da título al libro, es decir, esta segunda revolución y cómo afecta a la vida de una familia. Aquí no hay duda de que el lector portugués se sentirá interpelado, porque se habla de una revolución fea, llena de fanatismo y violencia, que estuvo a punto de llevar al país a una guerra civil. Un tema en buena medida tabú en su historia nacional y que por ello se ha orillado, por lo que todavía guarda demasiados enigmas. Es un gran mérito de Gonçalves que haga de esta cuestión un tema literario, porque la oscuridad de ese tiempo necesita de alguna luz. Más difícil resulta imaginar qué consecuencias sacará el lector español al atravesar en su lectura el contexto revolucionario en el que se proyecta el drama de la familia Storm. Por cierto, tampoco es casual el nombre elegido para la familia, por lo menos a mí me ha hecho pensar en *The gathering storm* de Churchill.

Los españoles, cuando oyen hablar de revolución y Portugal, piensan en el golpe de Estado del 25 de abril de 1974, conocido como la Revolución de los Claveles, del que tienen una imagen rosada que se ha ido afirmando a medida que los partidos extremistas españoles han ido desacreditando nuestra propia Transición política. Resulta divertido a la par que dramático oír a estos representantes de la nueva política que no conocieron ni la transición portuguesa ni la española elogiar el momento fundacional de la democracia lusa sin más criterio que saber que no fue como la española. Al parecer, están convencidos

de que en Portugal todo cambió para mejor; y de que en España tuvimos una transición gatopardesca, donde todo cambió para seguir igual. Bueno, hay que decirles que las cosas fueron más complicadas y que muchos portugueses, si no todos, habrían querido una transición a la española.

En la visión idealizada o mítica, el 25 de abril de 1974 fue un día de fiesta, que empezó con una canción de José “Zeca” Afonso, “Grândola, vila morena”, cierto que algo militarista, de pies arrastrados de desfile, pero también de populista canto alentejano, donde se nos dice que el pueblo es el que ordena y manda; que luego vino el reparto de claveles entre la tropa, de manera que lo que empezó en algarada militar se civilizó y se hizo incruento y fraternal; después el pueblo se convierte en protagonista pacífico de lo que empezó como un golpe militar, se manda a Marcello Caetano al exilio en Brasil; y finalmente se libera a los presos políticos entrada la noche. En suma, que una dictadura iniciada el 28 de mayo de 1926 es derrocada por un acto heroico de los soldados del pueblo que de esta manera rompen, por completo y sin contrapartidas, con el antiguo régimen en un único día. Ruptura sin negociación; lo nuevo frente a lo viejo; los buenos militares revolucionarios frente a los políticos. Algunos en España suspiran por no haber tenido algo parecido, pero una cosa son las películas y otra la realidad.

La película *Capitanes de abril* (2000) de María de Medeiros se ha convertido en el relato canónico de aquellos hechos, pero aun allí hay matices que vale la pena recordar y que por aquí han pasado desapercibidos. La cinta empieza, sin mayor explicación, con unas imágenes de documental en blanco y negro que ilustran las masacres perpetradas por los portugueses en África, donde aparecen cuerpos carbonizados por el napalm. Los portugueses saben lo que significan esas imágenes, presumo que los

espectadores españoles no. Las guerras de África, iniciadas en 1961, desprestigiaron al ejército portugués a ojos de sus compatriotas y del mundo entero. Es más, enajenaron el apoyo de los militares a la dictadura, de la que eran guardianes, porque nadie quiere dar una batalla perdida de antemano, y se les había conminado a luchar hasta morir, lo que explica que no hubiera ninguna resistencia al golpe de 1974.

Por último, las matanzas arruinaron el prestigio internacional de Marcello Caetano como reformista y, quizá, así se truncó la posibilidad de una reforma pactada. Particular relevancia tuvo la matanza de Wiriyamu, en Mozambique, donde cerca de cuatrocientas personas fueron asesinadas a sangre fría por el ejército colonial portugués. Esta matanza y otras muchas fueron denunciadas por misioneros españoles de los Padres Blancos. Es esto lo que explica que, en la cinta de Medeiros, los capitanes del golpe sean llamados asesinos, sean odiados durante buena parte de la cinta, y es el desenlace del golpe lo que los redime a los ojos de sus compatriotas. Se hacen merecedores de perdón sin juicio porque han acabado con la dictadura, quedan redimidos por haber puesto punto final al oprobio.

Pero la revolución de la que habla Gonçalves no es esta, sino una inmediatamente posterior y que en España se ignora. El golpe militar de abril de 1974 tenía como programa tres des: descolonización, democracia y desarrollo. La descolonización se produjo de forma abrupta, en la novela se habla de los retornados de África y de cómo eran vistos por sus compatriotas, y para finales de 1975 se había completado; el desarrollo tardó en venir porque el país estaba en crisis y el cambio de régimen sirvió para acentuarla hasta llegar a la bancarrota; pero, además, y esta es la revolución de la que habla Gonçalves, a diferencia de lo que ocurrió en la Transición

española, no había un acuerdo sobre el significado de la palabra “democracia” entre los principales actores políticos portugueses. Así pues, en Gonçalves no encontrará el lector una narración feliz sobre buenos militares y claveles, sino el retrato de un tiempo oscuro y violento que dividió como nunca a Portugal y que, de alguna manera, marcó la tragedia en la familia Storm. Esta tragedia se resuelve en las dos partes finales: “Cena familiar” y “Feliz Navidad”.

En suma, la obra de Gonçalves tiene el gusto de la novela decimonónica de tragedias familiares, pero es moderna en su estructura y tiene un original fondo musical de jazz y rock que puede seguirse a través de un código QR, “la banda sonora de Frederico Storm”, que se nos ofrece al final del libro. Hay, desde luego, una música muy distinta en esta obra a la que asociamos al 25 de abril, lo que se agradece. Además, la trama se desenvuelve sobre un tiempo oscuro y reciente de Portugal que había quedado orillado por el mito fundacional de la democracia portuguesa, lo que aporta una novedad relevante porque proyecta luz sobre una época hoy poco conocida. Esta decisión me parece oportuna y valiente porque permite alejarse del mito y así entender mejor los desafíos democráticos que enfrentan los lusos en el presente. Por último, y quizá lo más importante, la lectura de la novela

se disfruta desde el principio hasta el final. ~

**ÁNGEL RIVERO** es profesor de ciencia política en la Universidad Autónoma de Madrid. En 2022 publicó *Benjamin Constant. Teórico y político liberal* (Gota a Gota).

## HISTORIA

# Sobre los orígenes de la Revolución francesa

por **Pedro Rújula**



**Robert Darnton**  
**EL TEMPERAMENTO  
REVOLUCIONARIO.  
CÓMO SE FORJÓ LA  
REVOLUCIÓN FRANCESA.  
PARÍS, 1748-1789**  
Traducción de  
Jordi Ainaud Escudero  
Madrid, Taurus, 2025,  
632 pp.

Robert Darnton es uno de los grandes de la historia cultural y lo ha venido demostrando a lo largo del último medio siglo. El historiador, que fue profesor en Princeton y actualmente, ya retirado de la academia, dirige la Biblioteca de Harvard, cuenta en su bibliografía con clásicos de referencia insoslayable como *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa* o *El negocio de la Ilustración*. Historia editorial de la *Encyclopédie*,



1775-1800. Si algo ha caracterizado su trabajo a lo largo de los años ha sido su capacidad para dar forma a fenómenos culturales poco institucionalizados y cuya importancia se construye en el tiempo. Estudios que van desde la literatura clandestina en el Antiguo Régimen hasta la calumnia política, pasando por el estudio de las maneras de pensar y de comprender el mundo en el pasado o la relevancia de la transmisión oral o de la cultura popular escrita, sin dejar de lado, por supuesto, la reflexión historiográfica.

Su libro más reciente, *El temperamento revolucionario. Cómo se forjó la Revolución francesa. París 1748-1789*, conecta con una vieja preocupación –compartida con otros importantes autores como Roger Chartier o Dale K. Van Kley– acerca de los orígenes culturales de la Revolución francesa. La propuesta de Darnton se basa en apostar por la larga duración, algo que no es del todo nuevo, y por una renovada confianza en los acontecimientos como materia básica con la que construir las interpretaciones.

Para ello ha realizado seis catas a lo largo de cuatro décadas –1748-1754, 1762-1764, 1770-1775, 1781-1786, 1787 y 1788– que constituyen otras tantas partes del libro y desembocan en la séptima de las partes dedicada al estallido de la revolución en 1789. La estructura juega un papel central en el argumento, ya que, de ser cierta su hipótesis, la Revolución francesa fue el resultado de un largo proceso político-cultural que se fue forjando con el tiempo sin una causalidad directa, pero componiendo un suelo político y social sobre el que tendrá lugar el colapso de 1789. Como si se tratase de la propia vida, el libro va recorriendo multitud de escenarios, siempre apoyado en una prosa elegante, con vocación literaria y muchas ganas de contar, recreándose incluso en el relato de episodios concretos como el vuelo de los Montgolfier, el fenómeno del mesmerismo y el magnetismo animal o el caso del collar de diamantes de la reina María Antonieta.

Esta confianza en el acontecimiento forma parte de la propia estrategia de demostración. Paso a paso va construyendo un escenario cultural que tiene como telón de fondo la ciudad de París, y en ella se van sucediendo episodios que manifiestan la desintegración de las bases del Antiguo Régimen. Especial atención dedica a la pérdida del carácter sagrado de la monarquía y a la puesta en cuestión de la posición del rey respecto a la sociedad, lo que supuso un importante debilitamiento de la institución. También ocupan un lugar central los problemas económicos que atraviesa el país, tanto en la cumbre, con un déficit crónico de la hacienda real, como en la base, donde las familias más humildes no consiguen los ingresos indispensables para comprar diariamente un pan cuyo precio no deja de subir.

El libro alterna las aproximaciones a la alta política de la monarquía con el interés por el ambiente de la calle. Igual da voz a las intrigas de palacio, a los escarceos sexuales del rey o a las diversiones de la corte, que desciende a las plazas de París para recoger las canciones que entonan las clases populares, el eco de las representaciones teatrales, los rumores o las informaciones más o menos ciertas que circulan por todas partes. Le interesan tanto las disputas y los juegos de poder en la cúspide política, donde los hombres fuertes del ministerio –Maupéou, Turgot, Calonne o Necker– maniobraban para sacar a flote la monarquía, como el ambiente popular que se nutría de percepciones sobre el estado de las instituciones y la experiencia cotidiana de las miserables condiciones de vida. No descuida tampoco los fenómenos de opinión y la tendencia a la interpretación complotista, como sucede con el caso de la expulsión de los jesuitas o con el *affaire Calas*, del que se ocupó brillantemente Voltaire en su *Tratado sobre la tolerancia*.

El objetivo de Darnton es ir dando forma a lo que denomina la “conciencia colectiva”, un estado de ánimo

social que podría explicar la dimensión del colapso revolucionario. Para ello se vale de fuentes canónicas, pero sobre todo de aquellas otras que le permiten entender no tanto lo que pasó como la interpretación que se hizo de los acontecimientos. Es el caso de los diarios manuscritos de Hardy o D’Argenson, de la correspondencia de Marville o Metra, o de publicaciones no sometidas a censura impresas en el extranjero que daban cuenta de la opinión circulante como la *Gazette de Leyde*. No olvidemos que en sus primeras obras había mostrado mucho interés por las “mentalidades” y una gran capacidad para el trabajo con los textos, que es, precisamente, lo que se propone en estas páginas.

La impresión general es que Darnton llevaba mucho tiempo preparando este libro, adelantando investigaciones sobre la cultura popular, la opinión pública y la circulación de lo impreso, con especial atención a todo lo que sucedía en los márgenes del espacio oficial, que están en la base de esta obra. La estructura opera como un engranaje perfecto para ir aproximándose hacia el final, un final sin sorpresa, pero repleto de misterios, porque la magnitud del fenómeno y la multitud de los procesos políticos y sociales que convergen en la Revolución francesa exigen conocimiento y sensibilidad en la selección. *El temperamento revolucionario* consigue su propósito, ofrece un apasionante viaje hacia el precipicio cuyo protagonista no es la Revolución, sino la monarquía, incapaz de gestionar de manera eficaz sus instituciones e intereses, y la sociedad que, al mismo tiempo, ganó tal primacía que pudo permitirse soñar con cambiar las reglas del juego y construir un mundo diferente al del Antiguo Régimen. ~

**PEDRO RÚJULA** es catedrático de historia contemporánea en la Universidad de Zaragoza. En 2025 coordinó la obra *La dimensión popular de la política en el mundo contemporáneo* (PUV).



# Relatos para una metafísica del mal

por Miguel Roán



**Ivo Andrić**  
EL PATIO MALDITO  
Traducción de Marc Casals  
Zaragoza, Xordica, 2025,  
390 pp.

El premio Nobel Ivo Andrić combinó dos saberes con maestría: pertenecía a una minoría que sabía leer y escribir, en la Bosnia ocupada por el Imperio austrohúngaro, a principios del siglo XX; y supo cantar el escenario otomano a partir de un estilo modernista que rozaba el existencialismo. En una época marcada por dos guerras mundiales, fue un innovador, pero también fue testigo del mal, de su ejecución y de su propagación.

*El patio maldito* tal vez no sea su obra más conocida, pero resulta una expresión certera de todo su virtuosismo, mediante una polifonía de personajes e historias, honrada en esta ocasión por la traducción al español de Marc Casals. La obra está conformada por quince cuentos que terminan en una novela corta que pone título al volumen. La mayoría de cuentos (diez de quince) fue escrita antes de la Segunda Guerra Mundial y la novela final no sería publicada hasta 1954.

La literatura de Andrić se sustancia en el negativismo antropológico, donde la fantasía se encuentra al servicio de los miedos imaginarios, las ambiciones desmedidas y las corrupciones morales, lo que da cuenta de la relación cruenta de su obra con la vida. El talento del escritor, articulado sobre un estilo elegante y preciso, no debería llamar a engaño: narra historias donde la existencia es despiadada y oscura. Resulta enigmático cómo la literatura, incluso cuando reincide en exhibir las miserias de la naturaleza humana y describir

escenas deplorables, puede generar en los lectores un magnetismo irresistible. Andrić estimuló el interés por el mundo bosnio y balcánico a partir de los vestigios otomanos y a pesar de los paisajes sociales y estéticos desazonadores. Algunos en su tierra no saben reconocerle ese mérito.

En la colección de cuentos se reúne un compendio de sus inquietudes existenciales: los destinos inevitables a partir de la elección de un camino en la vida, la figura del salvaje que no puede encontrar la paz interior ni el amor correspondido, la inevitable autodestrucción que engendra la violencia, la belleza sobreviviente a la coyuntura trágica de la política, la inadaptación a los nuevos tiempos como devenir ineludible, o la culpa y el arrepentimiento que no abandonan al penitente. Andrić dejó impresas estas obsesiones que rotan en toda su literatura, expuestas con transparencia en su collage de reflexiones: *Signos junto al camino*.

El autor de *Un puente sobre el río Drina*, *Crónica de Travnik*, *La señorita o Café Titanic* (y otras historias) se sirve de la memoria para exponer debilidades y podredumbres. Pocos escritores como él dominaron la narrativa del tiempo para contarnos cómo la inmoralidad es una constante y cómo la injusticia no consiste en episodios aislados, sino en una realidad meteorológica. Sin embargo, en esta orfebrería del mal supo separar las convenciones desfasadas y tóxicas de su época de las anomalías atemporales del ser humano: la envidia, el odio, la mentira, la arrogancia, la venganza... Esta facultad le permitió aspirar a la condición de clásico y a que Bosnia y Herzegovina se convirtiera en cualquier otro lugar posible.

La naturaleza opresiva de *El patio maldito* nos remite a la figura del poder, personificado en el alcaide Karagöz, quien ordena y manda con vileza sobre el destino de los presidiarios. Se trata de una cárcel en medio de Estambul, pero podría ser una

metáfora sobre el seno putrefacto de una ciudad, donde políticos tiránicos imponen su régimen de verdad, familias acaudaladas rentabilizan negocios turbios, los comerciantes se rinden a los vicios y ladronzuelos de poca monta se aprovechan de cualquier despiste. Andrić consigue trasladarnos una experiencia epidérmica a partir del protagonista, un monje franciscano (fray Petar), pero también transportarnos a una dimensión exterior, de complejidades religiosas y estatus sociales, que converge en la prisión, a través del relato de un judío caótico y errante (Haim).

El personaje de Ćamil, sobre quien gira la trama, es un muerto en vida, entregado a la lectura y la erudición. Al mismo tiempo, encarna la infinita tristeza infectada de desamor, debido a una mujer griega, a quien un padre fanático fuerza a casarse con otro. Pero, más allá del personaje sumido en una lacerante melancolía, se encuentran los términos de la acusación, sustentados en rumores, presunciones y habladurías aceptadas por el valí de Esmirna —a la sazón “un hombre de memoria corta y dedos largos”—. El miedo atmosférico se convierte en otro personaje, como si los presidiarios respiraran un aire de conspiración e inquietud permanente, pero también fueran parte de él. La arbitrariedad del poder expone a los sujetos a la corrosiva incertidumbre, pero sus víctimas saben normalizarlo, porque ellos, en su lugar, tal vez hicieran lo mismo.

Eran los tiempos de una justicia —antes más que ahora— que no dependía tanto de ética, del reglamento y hechos probados, sino de la reputación, influencia, prestigio o, si eras un lastimoso perdedor, de los caprichos imprevisibles de las autoridades. Aquí, por similitudes, surgen los títulos de *El palacio de los sueños*, de Ismail Kadaré, *El derviche y la muerte*, de Meša Selimović o *Al filo de la razón*, de Miroslav Krleža, obras maestras donde el poder es injusto y el miedo

frente a los de arriba resulta incontrolable, pero como parte de la propia existencia.

El relato nos puede remitir a la detención de Ivo Andrić, arrestado en Split en 1914 y enviado a la prisión de Maribor por razones políticas (“actividades antiestatales”), al comienzo de la Primera Guerra Mundial. El escritor renunció a la práctica revolucionaria y nunca terminó de verse como un activista político. Su experiencia en la cárcel fue ambivalente; sin embargo, encerrado y afectado por la tuberculosis convirtió la cárcel, como él mismo reconoció, por fuerza de su tenacidad, “en una pequeña universidad”, dedicado, como estaba, a la conversación (entre otros, con el escritor Niko Bartulović), a la lectura y al aprendizaje de idiomas. Cabe intuir su identificación personal con Ćamil, un intelectual aislado del mundo, flotando en una nube reflexiva de color negro.

Hay en Andrić una perpetuación de los ciclos de represión y sufrimiento, sobre experiencias reales acerca de regímenes autoritarios y funcionarios prevaricadores, guerreros violentos y mujeres manipuladoras, pero también sobre algo más intangible, una metafísica del mal, que nos hace reaccionar maliciosamente con nuestros peores instintos, aunque todavía no seamos víctimas. Y, sin embargo, por muy extraño que parezca, en estas páginas, nos sigue pareciendo fascinantemente bello. ~

**MIGUEL ROÁN** es escritor y director de *Balcánismos*.



## NOVELA

# Más allá del nonsense

por **Luis Beltrán Almería**



**Luis Mateo Díez**  
**EL VIGÍA DE LAS ESQUINAS**  
Barcelona, Galaxia  
Gutenberg, 2025, 438 pp.

La trayectoria literaria de Luis Mateo Díez se ha caracterizado por una penetrante visión de los mundos caducos, obsoletos, cerrados y desvalorizados. En su primera etapa esos mundos eran mundos provincianos. Así era el mundo de Celama, un mundo de muertos. Con el transcurso del tiempo su visión de la caducidad se ha ido ampliando. En sus novelas más recientes todo se caracteriza por la caducidad. Así era el universo de *Mis delitos como animal de compañía* y así es el de la actual *El vigía de las esquinas*. La expresión literaria ideal para la denuncia de los universos caducos es el género de la sátira menipea. Se trata de un género que tiene más de dos mil años y que los estudios literarios han vinculado al nombre de Luciano de Samósata y a su obra, en especial los *Diálogos de los muertos*. Por desgracia, hoy Luciano no goza de la actualidad que tuvo en tiempos de Erasmo, Shakespeare y Cervantes. Pero sigue bien vivo. Las novelas que más me han interesado en los últimos años pertenecen a este género y suelen ser de autores minoritarios. Me refiero a Mariano Gistaín y sus *Nadie y Nada* (Prames, 2024) y *Familias raras* (IEA/DPH, 2023); José Ángel Sánchez, *Crónicas universitarias de El planeta de los simios* (Altabán, 2024); José Montelongo, *No soy tan Zen* (UNAM-Almadía, 2022); Luis de Ángel, *Beefeater* (PUZ, 2021), Juan Bravo Castillo, *Naturaleza muerta* (Contrabando, 2019). Este género

también alcanza a la novela juvenil. Es el caso de Ana Merino y su *Planeta Lasvi* (Siruela, 2024). Lo que tienen en común esas novelas –la lista es claramente ampliable– y las de Luis Mateo Díez es la contemplación de un mundo en demolición acelerada por haber despilarrado sus valores constituyentes. El tratamiento literario de esos mundos arruinados –la menipea– arroja a la mirada atónita del lector un corrosivo discurso humorístico, tan ácido como hilarante. Sus productos no suelen suscitar grandes éxitos de crítica y ventas. El sector más rentable del mercado suele preferir productos edulcorados e intelectualmente muy asequibles. Los críticos –e incluso los editores– no terminan de comprender este género. Creen en la actualidad y sus éxitos. No han perdido la fe en este mundo. Y estas novelas exigen un esfuerzo intelectual y conceptual para el que no están dispuestos.

*El vigía de las esquinas* sigue, como digo, la senda de *Mis delitos como animal de compañía*. Ambas novelas están construidas sobre un imponente sustrato grotesco. Pero también tienen sus diferencias. *El vigía...* va un paso más allá. Mantiene recursos de la menipea. El vigía es un observador ubicuo y su actividad se emplaza en lugares inverosímiles –las esquinas–. Todo se sabe gracias a la pérfida Infiltrada Caridia. Une lo que la literatura convencional separa, formando un magma explosivo. Ese magma da lugar a la acumulación de sucesos y viñetas que conforman la novela. Las viñetas –esos breves capítulos que componen las 35 series– comparten la estética del tebeo cómico –otro vínculo con el mundo obsoleto de la lectura infantil–. En conjunto estos aspectos de la novela nos sitúan en el mundo del grotesco: la presencia de las vísceras, de lo sicalíptico, de lo monstruoso y de la libre imaginación. Así son las últimas novelas y así eran otras anteriores, como *El expediente del naufrago*, recientemente reeditada.

Pero *El vigía*... supone un paso adelante en la trayectoria de Mateo Díez. No se conforma con el grotesco para denunciar la pérdida total de valores en el mundo actual. Tras la máscara de la Ciudad de Sombra –así se refiere a lo que en su momento fueron Celama u otros territorios de su imaginario– está la actualidad con sus escándalos y contradicciones –“el fin de la historia, el último hombre”–. En el artículo “Clarividencia de Luis Mateo Díez”, aparecido en el número de octubre de *Letras Libres*, señalé la presencia de bernardinas, esto es, frases sin sentido presentes en la literatura picaresca del Siglo de Oro, que buscan despistar al espectador o al lector, en *Mis delitos*... En *El vigía*... Díez avanza al *nonsense*, la literatura que recurre a los juegos de palabras para denunciar el sinsentido de la vida social. Suelen mencionarse las greguerías de Gómez de la Serna como presencia del *nonsense* en la literatura española. También Cortázar recurrió puntualmente al *nonsense*. La interpretación académica de esta estética mantiene que se trata de juegos verbales sin sentido. En la novela de Díez no es exactamente así. Por un lado, la fraseología *nonsense* combina elementos sin aparente vínculo, elementos que la mentalidad actual entiende sin conexión, simples recursos para hacer reír. Del vigía se dice que “escribía en su gacetilla para que nadie se diese cuenta de lo que quería decir”. Así es el espíritu de las bernardinas. Pero, al mismo tiempo, Díez desliza “mensajes cifrados”, un “uso metafórico”, o “inmersión metafórica”, un “simbolismo” que califica de hermetico –“hermetismo de corte metafórico”– que señalan la “crisis global” de la “sociedad perversa”.

En la amplia producción literaria de Díez encontramos obras de lectura accesible al gran público –*Mi hermano Antón* es la más reciente– y otras más esquivas –por herméticas o innovadoras–. Quizá *El vigía de las esquinas* resulte de estas últimas, pese a su evidente humorismo. La fraseología

jocosa de los diálogos, interrumpida por largos paréntesis anticlimáticos, es un rasgo peculiar de esta novela. Las lecciones deslizadas en momentos delirantes –del tipo “las ideologías se habían disuelto en su propio caldo... las creencias degeneraban en su guiso”– advierten al lector para que dirija su atención al simbolismo –la lectura hermética– que encierra esta absurda fábula con su dimensión testamentaria. ~

**LUIS BELTRÁN** es catedrático de teoría literaria y literatura comparada de la Universidad de Zaragoza. En 2025 publicó *Estética de la modernidad* (Cátedra).

## NOVELA

# Ser joven en la URSS

por **Ricardo Dudda**



**Olga Medvedkova**  
LA EDUCACIÓN SOVIÉTICA  
Traducción de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego  
Barcelona, Acantilado, 2025, 216 pp.

Liza Klein es una joven hipersensible y ansiosa. Es también la adolescente soviética perfecta. Hija de la *intelligentsia* rusa, solo piensa en estudiar. Su especialidad son las matemáticas. Su obsesión con el estudio es una estrategia para ordenar y dar sentido a su mundo. “Solo sabéis huir. Él a la inmigración y tú a las matemáticas”, le reprocha su madre, que sin embargo no deja de exigirle a su hija que se ponga a estudiar. El *él* al que se refiere es su padre, disidente judío ruso que emigró a Estados Unidos y abandonó a la familia.

En el verano de 1980, en lugar de ir a Crimea como todos los años, Liza y su madre viajan a un pueblo insustancial en dirección a Smolensk, una ciudad casi en la frontera con Bielorrusia. Con el boicot a los Juegos Olímpicos de Moscú,

iniciado por Estados Unidos y apoyado por más de sesenta países como denuncia a la invasión soviética de Afganistán, la capital no parece un lugar muy seguro. En ese pequeño pueblo, que tiene el nombre de la familia de su madre, les espera David, un *amigo* de la madre. Pronto Liza descubre que el Estado lo considera un “parásito social” y por eso vive más allá del “kilómetro 100”: en la Unión Soviética, los exconvictos tenían prohibido vivir dentro de un radio de menos de cien kilómetros de Moscú y de las grandes capitales (el escritor ruso Maxim Ósipov utiliza esa referencia en su libro de relatos *Kilómetro 101*; vivía en Tarusa, justo al límite de esa prohibición: Ósipov no está obligado a vivir allí, pero su exilio interior gozaba de mayor simbolismo desde ese lugar). Liza pronto descubre, también, que el hecho de que el pueblo tenga el nombre del apellido de su madre no es una casualidad.

Liza es también la ciudadana soviética perfecta porque vive con miedo constante. En *La educación soviética* la ansiedad colectiva y la individual son lo mismo. La joven protagonista es débil y catastrofista. “Podía ocurrir lo peor en cualquier momento. Asustarse de ese lo peor era la única actitud razonable. Había que pensar en sobrevivir, sin dejar de tener miedo, constantemente.” Es la actitud de Liza ante la vida, pero también una alegoría de una Unión Soviética, bajo Brézhnev, paranoica y encerrada en sí misma. El aperturismo está descartado, a pesar del agotamiento ciudadano. En el libro, una galería de artistas e intelectuales que se reúnen en torno al disidente David discute sobre el compromiso intelectual, la renuncia moral, la libertad creativa. Hay un artista borracho y depresivo que bebe como protesta contra un mundo que le parece feo. Hay un actor vanidoso y arribista. Hay un director de cine oficial, Temerkov, que se aprovecha



del pillaje de David, que roba obras de arte de una mansión abandonada cercana y se las vende. Ambos personajes discuten constantemente. David “prefería morir de hambre antes que ‘prostituirse en nombre del Pueblo’”. El director, Temerkov, cuestiona su pureza: “Todas las mañanas me enfrento a la vida. Puede que sea dura e imperfecta, pero hago cosas, ¡las llevo a cabo! ¡Del todo! Son mis proyectos y yo los encarno. [...] ¿Acaso te crees que en tiempos de Iván el Terrible o de Pedro el Grande la vida de los artistas era más fácil?”

Es una obra profundamente política que, sin embargo, donde mejor funciona es en su retrato de una adolescencia confusa, los efectos del divorcio de los padres de la protagonista (él pusilánime y sentimental, ella manipuladora y dogmática: “Mi madre vive por mí, no necesito vivir porque ella vive por mí”), la creciente

ira de la joven al ir descubriendo un pasado familiar que siempre se le había ocultado: sus antepasados, aristócratas judíos, lo perdieron todo en 1917 y 1941. Liza y David visitan varias veces la antigua mansión familiar, hoy abandonada. Parece una de las prisiones fantasiosas de los grabados de Piranesi. Pero de eso en la familia no se habla. Cuando un anciano del pueblo le cuenta a Liza que su abuelo fue asesinado en el Holocausto, le dice: “A los judíos los mataron sobre la marcha. Has tenido que aprenderlo en clase...” Y ella le responde: “No, no nos lo han enseñado nunca.” La verdadera educación soviética es el olvido y la memoria selectiva. Y la paranoia y el resentimiento, otros dos sentimientos que en esta novela son tanto individuales como colectivos.

Quizá el final es más melodramático de lo que hace falta, pero no

empaña mucho una obra brillante y sutil. Sorprende que sea la primera novela de la autora, que hasta entonces solo había traducido a autores como Pushkin, escrito una obra de teatro y, sobre todo, investigado sobre arte y arquitectura (hay una importante cuestión sobre el patrimonio y el arte del Antiguo Régimen en el núcleo del libro) en el CNRS de Francia, país al que se mudó poco después de la disolución de la URSS. *La educación soviética* es una autobiografía oblicua, pero, sobre todo, es una novela elegante y misteriosa sobre la adolescencia en mitad del derrumbe de una civilización. ~

**RICARDO DUDDA** es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).

LETRAS  
LIBRES

**BUSCA TODOS LOS  
NUMEROS PASADOS  
EN NUESTRO ARCHIVO DIGITAL.**

[WWW.LETRASLIBRES.COM](http://WWW.LETRASLIBRES.COM)

